

bandera celeste y blanca, pabellón de trabajo y comercio, ondeando en el mástil de la nave mercante, entrará en el corazón del Brasil, de Bolivia, del Paraguay y alcanzará á las fronteras de Chile sin tener que salir al Océano, navegando siempre entre tierras argentinas.

¿Quién puede calcular la cifra monstruosa que alcanzará la producción de esta República, cuando su suelo esté poblado y regado, y el hombre haya vencido á la naturaleza bravía, sobre la que acaba de poner su mano de dueño?...

Los hombres del viejo mundo sentirán entonces, aun más que en el presente, la irresistible atracción de la tierra de la esperanza. Verán en el horizonte de su imaginación una ciudad inmensa; y sobre esta ciudad unos brazos que se extienden maternos; y entre estos brazos el tronco esbelto de una mujer, majestuosa y juvenil, blanca y azul como las vírgenes de Murillo, tocada la cabeza con el gorro purpúreo, símbolo de libertad; y oírán las palabras que deja caer desde su altura de montaña, palabras que revolotean como pétalos de rosa y mariposas de oro:

— Venid á mí los que tenéis hambre de pan y sed de libertad. Venid á mí los que llegasteis tarde á un mundo demasiado repleto. Mucho he crecido, pero mi hogar aun es amplio y tiene sitios libres. Mi casa no la construyó el egoísmo. Su puerta está abierta á todas las razas de la tierra, á todos los hombres de buena voluntad.



UNA AVENIDA DEL PARQUE DE PALERMO

## LA CAPITAL FEDERAL

QUINIENTOS habitantes tenía Buenos Aires en 1602, pocos años después de ser fundada por Garay; 22.000 en el siglo XVIII, al crear el gobierno de Madrid el virreinato del Río de la Plata; 46.000 en 1810, al iniciarse la revolución de la Independencia; 65.000 durante la tiranía de Rosas; 186.000 en la presidencia de Sarmiento (1871), y actualmente 1.300.000, en números redondos.

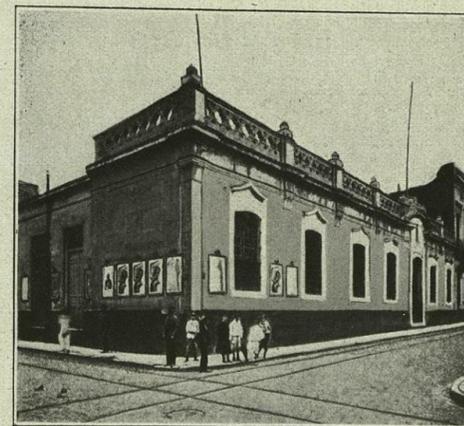
Á mediados del siglo XVII, cuando Buenos Aires no llevaba aún tres cuartos de siglo de existencia, sus casas eran 400, pertenecientes á 211 propietarios, y los habitantes unos 4.000. De éstos sólo una sexta parte figuraban como ciudadanos, siendo el resto indios y negros. Las techumbres, cubríanlas de teja, como en las provincias del Norte de España, ó simplemente de paja. Las sostenían unas vigas ó tirantes extremadamente largos, de modo que los aleros avanzaban mucho sobre la calle, y como los edificios sólo tenían

cuatro metros de altura, resultaba difícil la circulación, hasta el punto de que el Cabildo ordenó que las carretas transitasen por fuera de la ciudad, yendo á descargar á espaldas del convento de Santo Domingo, donde se verificaba la venta de comestibles.

Los porteños de raza blanca, descendientes de los compañeros de Mendoza, vivían servidos por negros é indios, sin otra industria que la ganadería y la exportación de cueros. Los únicos incidentes de su vida monó-

tona eran algunos ataques de piratas ingleses y holandeses, repelidos valerosamente. La ciudad no tenía murallas. Un pequeño fuerte, rodeado de foso y con baluartes de adobes, servía de residencia al gobernador y á una guarnición de 150 hombres. Un viajero, llamado Azcárate, que visitó Buenos Aires en 1664, cuenta que esta guarnición estaba dividida en tres compañías, mandada cada una por un capitán, y añade:

«Pero estos capitanes designados por el goberna-



CASA DE LA VIRREINA

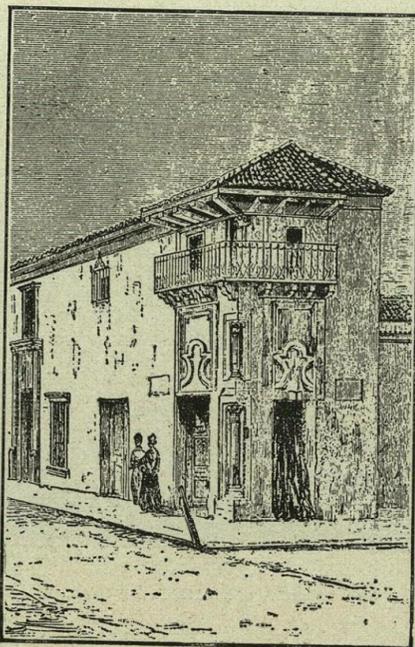
dor cambian con tanta frecuencia, que no hay apenas un ciudadano rico que no haya sido capitán. Las casas se componen de sólo un piso, y están cubiertas de paja y cañas, y construidas con barro. Las habitaciones son muy vastas, con grandes patios, y detrás hay jardines con huertas de frutales y verduras, pues la tierra es muy fértil. Los habitantes viven cómodamente y lo tienen todo en abundancia, menos el vino, que es muy caro. Una perdiz sólo vale un penique.

»La principal riqueza es el ganado, que se reproduce prodigiosamente, y da una buena renta con sus cueros. Cuando yo llegué había en el río 22 buques holandeses, con un cargamento cada uno de 13 á 14.000 cueros de toro, lo que representaba un valor de 33.000 libras por barco, pues cada cuero, que aquí se paga á 5 chelines, en Europa se revende á 25 ó más.

»Entre los estancieros los hay muchos que poseen una fortuna de 60.000 libras. Puede contarse el número de hombres á quienes es permitido llevar armas (los esclavos no figuran en este número) en unos 600, los cuales desfilan tres veces por año, á caballo, delante del pueblo en ciertos días de fiesta.

»En esta milicia figuran muchos hombres casados, que más que el ardor de los combates aman el placer. Es verdad que las mujeres de Buenos Aires muéstranse en su mayoría muy hermosas, bien formadas y de bella tez. Dicen que son muy celosas y que están prontas á castigar á los maridos culpables con el veneno y el puñal. Las mujeres son más numerosas en Buenos Aires que los hombres.»

A principios del siglo XVIII se modificó la edificación de la ciudad, comenzando á emplearse la cal de Córdoba y el ladrillo cocido. En 1730,



UNA CASA COLONIAL DE BUENOS AIRES

según una carta del jesuita Cattanco, Buenos Aires tenía 16.000 habitantes (de ellos 5.000 de raza española), y funcionaban 70 hornos de cocer ladrillos; lo que demuestra la gran cantidad de sólidas construcciones que sustituyeron á las antiguas viviendas de barro.

El virrey Vertiz fué el primero en preocuparse de la higiene y ornato de Buenos Aires. No sólo inició el alumbrado público de la ciudad, estableció los primeros colegios y la imprenta, y obligó á los propietarios á construir aceras; sino que después de esto metióse en la empresa de empedrar algunas calles, lo que se tuvo en aquellos tiempos como la mayor de las audacias. Las principales vías de la ciudad eran sumideros de putrefacción, barrancos donde se depositaba el agua de las llu-

vias. Las pesadas carretas que iban de Buenos Aires al interior se atascaban á veces en mitad de una plaza, y allí permanecían días enteros, sin que pudieran arrancarlas de esta posición. Vertiz tuvo que luchar con el Cabildo, poco inclinado á las reformas, y, al fin, consiguió limpiar y afirmar las calles, evitando un obstáculo á la circulación y un peligro á la salud pública.

\* \* \*

La arquitectura de Buenos Aires ha reflejado, en sus diversas formas, las vicisitudes históricas, las ideas im-

perantes y las expansiones de la inmigración europea.

Durante el período colonial, las casas estuvieron cubiertas primeramente con tejas, á usanza española, y luego con una terraza, á estilo árabe; novedad importada de Andalucía, así como los patios que aun existen en muchos edificios de Buenos Aires y las provincias.

La casa de estilo colonial hizo de



APERTURA DE LA AVENIDA DE MAYO (Fotografía de los derribos en 1894).



la terraza uno de los lugares favoritos de reunión. En verano juntábanse en ellas las familias, conversando por encima de la calle. La casa llamada de la Virreina, que aún existe en Buenos Aires, recuerda este tipo de edificios. La revolución de la Independencia no cambió el aspecto de la ciudad. Las torres de las iglesias siguieron alzándose majestuosas y únicas sobre

el chato caserío. El despotismo de Rosas, que intervenía en todos los actos de la vida pública, pesó igualmente sobre la edificación. En los largos años de su mando se construyó muy poco. La gente acomodada, sospechosa de unitarismo, no podía pensar en nuevas obras, cuando sentía insegura su libertad y hasta su existencia. Hubo año en que no se levantaron más de 30 casas. Estas habían de ser de un solo piso, con una baranda de hierro en la terraza. En 1848, un antiguo general se atrevió á construir un edificio de dos pisos, con aire de palacio, y esto se tomó como un acto de gran valor. La caída de Rosas estaba próxima. Debía husmearse ya en el ambiente para que alguien osara este desacato. El color favorito del déspota dominaba en todas las casas, que parecían embadurnados de sangre. Puertas, ventanas, hierros de baranda, todo estaba pintado de rojo. Después de la huída de Rosas desapareció este color: las casas fueron pintadas de blanco y las puertas de verde. La inmigración europea, cada vez más considerable, fué modificando el aspecto de la ciudad. El arquitecto substituyó al albañil. Artistas italianos implantaron la costumbre, que aun subsiste, de decorar las fachadas con gran abundancia de columnas griegas, medallones, festones, etc.

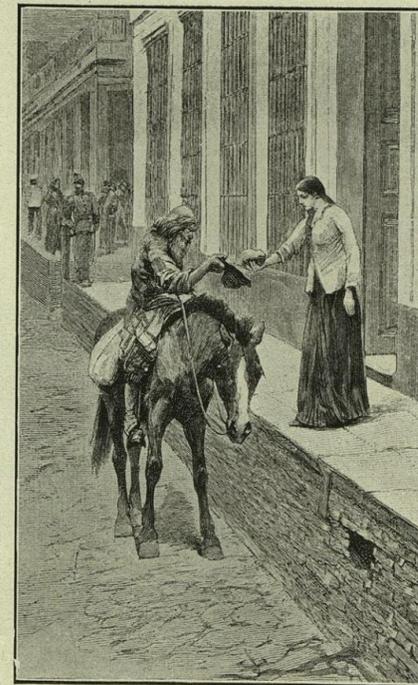


AVENIDA DE MAYO (Entrada por la plaza de Mayo).

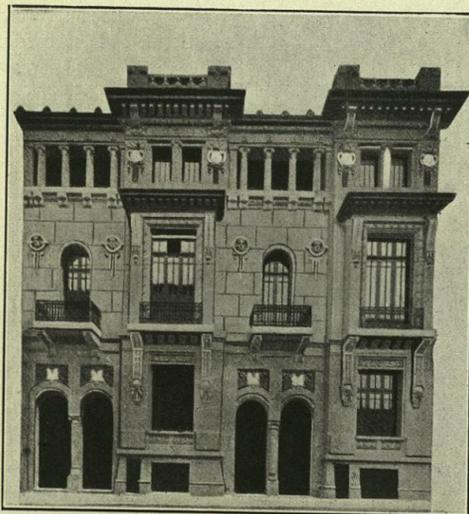
de remate. Muchas brillan como espejos con el estuco multicolor. La casa, estrecha y muy profunda, está aireada é iluminada por dos ó tres patios interiores. Esta edificación, baja y graciosa, que es todavía la más generalizada en Buenos Aires, tiene algo que recuerda las viviendas de la antigua Atenas. Coexisten además, confundidos en ella, recuerdos de la influencia árabe y la colonización andaluza. La arquitectura argentina es, según expresión de Sarmiento, «greco-romana, árabe italo-española».

Nuevas influencias vinieron á transformar el aspecto de Buenos Aires y sus alrededores. En 1869 comenzó á funcionar el primer tranvía, y desde entonces este sistema de locomoción se ha desarrollado tanto, que muchos viajeros llaman á la capital federal «la ciudad de los tranvías». Se calcula en más de 800 kilómetros la longitud de sus líneas.

La abundancia de este sistema económico de traslación ha esparcido por el campo una gran parte del vecindario de Buenos Aires. Miles de familias pasan el día en la ciudad y van á descansar en los pueblos inmediatos, que son ahora simples barrios de la capital. Esta vida ha transformado el aspecto arquitectónico del campo. Las antiguas viviendas rústicas son hoy elegantes *chalets*, que dan á la campiña bonaerense un aspecto



BUENOS AIRES ANTIGUO. UN MENDIGO Á CABALLO



BUENOS AIRES MODERNO. UN PALACETE NUEVO

semejante al de los alrededores de París y Londres.

Durante la época del presidente Avellaneda se operó en la capital una reforma, que ha influido mucho en su edificación. Rivadavia, para facilitar el tránsito de carruajes, había ordenado en su tiempo que se cortasen las esquinas de las calles. Como éstas se hallan trazadas en forma de tablero de ajedrez, el corte de los ángulos de cada encrucijada forma una minúscula plazoleta, que permite á los carruajes dar la vuelta fácilmente. Transcurrieron cincuenta y dos años sin que se cumpliera el acuerdo de Rivadavia, hasta que Avellaneda lo puso en ejecución. Las esquinas cortadas dieron origen á todas las ornamentaciones compañeras del chaflán y á los artísticos balconajes que tanto adornan el Buenos Aires moderno. Al mismo tiempo comenzaron á llegar á la Argentina arquitectos franceses y alemanes, y se construyeron las primeras casas de tres ó más pisos.

La apertura de la Avenida de Mayo, en 1894, marca el momento más decisivo en la transformación de la ciudad. Se abrió la primera calle moderna, amplia y con edificios de gran altura; algunos de ellos de ocho y nueve pisos. Al mismo tiempo los vecinos ricos, acostumbrados á viajar por Europa, copiaron los tipos de edificación más de su gusto, y el tejado de buhardilla sustituyó á la terraza en todos los palacetes.

Buenos Aires muéstrase cada año más monumental; pero lo que gana en aspecto suntuoso lo pierde en originalidad. Sus avenidas son bulevares como los de París y para ver la ciudad sud-americana hay

que salir del barrio del centro. Entonces se encuentran amplias calles, de edificios bajos, rectas en su trazado hasta perderse de vista, jalonadas por los candelabros monumentales de la luz eléctrica y los postes telefónicos, más altos que las techumbres.

Todas las casas son de un solo piso, pero unos cuantos peldaños las elevan sobre el nivel de la acera. Las fachadas estrechas con columnas, festones y otros adornos, relucen de limpieza y brillo, así como las maderas y metales de sus puertas. Las ventanas tienen antepechos de hierro forjado, y tras ellos se esparcen, como un chisporroteo perfumado, las flores de las macetas. Por encima de estas flores pasan los sonidos de un piano, y se ven cabezas de muchachas; cabezas argentinas, pálidas, con ojos negros y rasgados que miran al transeunte y parecen esperar al novio, lo mismo que si estuvieran asomadas á una reja de Andalucía.

\* \* \*

De Buenos Aires puede decirse lo que de la Argentina: «¡Es tan grande!... ¡Tan grande!»

Su extensión llega á 18 kilómetros de Norte á Sud y 25 de Este á Oeste. Ocupa una superficie de 18.854 hectáreas, lo que hace de ella una de las ciudades más dilatadas del mundo. Su perímetro municipal abarca 62 kilómetros y medio.

Buenos Aires es mayor que París, que sólo ocupa 7.802 hectáreas; que Berlín (6.326), que Burdeos (3.343), que Hamburgo (7.346) y que Viena (5.540). En cambio, hay dos ciudades mucho más grandes que Buenos Aires: Londres, que ocupa 30.476 hectáreas, y Nueva York 76.347.

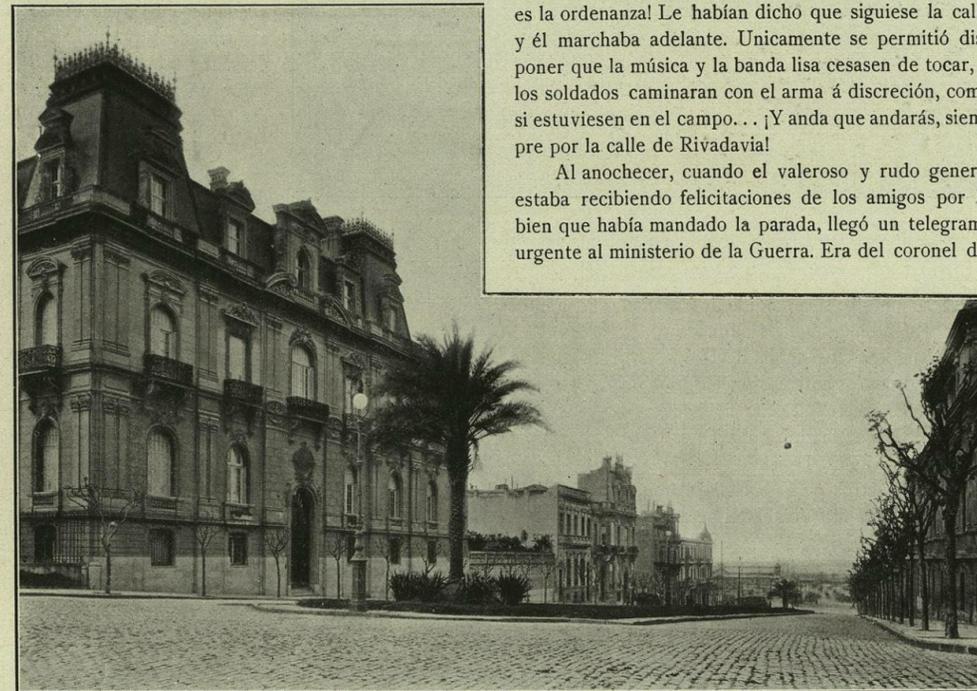
Las calles de Buenos Aires son de una longitud enorme. Trazadas á cordel, se extienden en línea recta casi todas ellas, de un lado á otro de la antigua ciudad.



BUENOS AIRES MODERNO. CASA DE PEÑA

Algunas continúan á través de los nuevos ensanches, llegando al último límite del término municipal. La calle de Rivadavia, que figura en el plano de Buenos Aires como la arteria maestra, de la que parten las vías principales, no es, en realidad, una calle; más bien es un camino por su desmesurada longitud. A derecha é izquierda de ella las vías afluentes cambian de nombre, así como la numeración de los edificios.

Antes de la apertura de la Avenida de Mayo, era la calle de Rivadavia el centro más activo de la ciudad



CALLE MAIPÚ

Esta vía divisoria consta de tres secciones: una de 2.800 metros en el interior del Buenos Aires que puede llamarse antiguo, por datar de hace treinta años; otra de 7.920 metros, que llega al barrio de Flores, y una tercera de 5.000, hasta el límite de la ciudad. Resulta, pues, esta arteria bonaerense de 15 kilómetros de longitud. ¡Los vecinos pueden hacer un verdadero viaje sin salir de su calle!...

Hace años, en una revista militar del 9 de Julio, el general encargado del mando de la parada, veterano heroico y poco ducho en movimientos tácticos, no sabía cómo distribuir las fuerzas reunidas en la plaza de Mayo, para que desfilasen. Al fin optó por hacerlas marchar siguiendo cada cuerpo la calle más inmediata. Un ayudante comunicó la orden al coronel de un regimiento de infantería, jefe ordenancista é intransigente en materias de subordinación.

— El general, que siga usted por la calle Rivadavia.  
— Está bien... Armas al hombro. ¡Marchen!

Empezó á sonar la banda de música y el regimiento se movió con rítmico paso al compás de los instrumentos, janda que andarás!, siempre por la calle de Rivadavia. Cuando los músicos se cansaban de soplar reemplazábalos la *banda lisa*, que así se llama en los ejércitos sud-americanos á los tambores y cornetas. El coronel iba al frente, volviendo de vez en cuando la cabeza desde lo alto de su caballo para vigilar el buen orden de sus tropas. Ya llevaban cuatro kilómetros de marcha y no salía á su encuentro ningún edecán para indicarle por dónde debía torcer y regresar al cuartel. ¡La ordenanza es la ordenanza! Le habían dicho que siguiese la calle y él marchaba adelante. Unicamente se permitió disponer que la música y la banda lisa cesasen de tocar, y los soldados caminaran con el arma á discreción, como si estuviesen en el campo... ¡Y anda que andarás, siempre por la calle de Rivadavia!

Al anochecer, cuando el valeroso y rudo general estaba recibiendo felicitaciones de los amigos por lo bien que había mandado la parada, llegó un telegrama urgente al ministerio de la Guerra. Era del coronel del

regimiento. Había llegado al final de la calle de Rivadavia. La fuerza estaba acampada en unos solares, con las armas en pabellones, y se preparaba á vivaquear en espera de la noche. «¿Qué hago?»... Se ruborizó el general: un olvido cualquiera lo tiene. Dieron orden al regimiento para que regresase, y bien cerrada la noche entró en su cuartel, después de una marcha de 30 kilómetros sin salir de la misma calle.

Hay en Buenos Aires otras vías de considerable longitud. La calle de Santa Fe, que sigue la misma dirección de la de Rivadavia, ó sea de Este á Oeste, tiene 12 kilómetros. Entre las que van de Norte á Sud las hay de ocho kilómetros, como las de Artes, Buen Orden y Avenida Montes de Oca. De nueve kilómetros son las de Callao, Entre Ríos, Corrientes y otras.

Cada «cuadra» (lado de manzana de una extensión próximamente de 130 metros), representa cien cifras en la numeración de las casas, y como las calles son tan largas, de aquí que el extranjero, al llegar á Buenos